

# BREVE HISTORIA DE LOS MANUSCRITOS DEL *CANTO GENERAL*

César Soto Gómez

## UNO

¿Cómo empezó todo esto? Creo que en 1971, en el Taller de Escritores de la Universidad Católica de Chile, dirigido por Enrique Lihn. Allí realicé las primeras lecturas críticas del *Canto general*. En los márgenes de ediciones económicas anotaba ideas. También leía las crónicas de los historiadores primitivos de las Indias Occidentales. Recuerdo las de Antonio de Herrera y Melchor Jufre del Águila. Complementaba mi trabajo en el Taller con la traducción de poemas de T. S. Eliot.

Después de septiembre de 1973, viajando entre Santiago y Buenos Aires, establecí relaciones con el coleccionista de manuscritos y libros antiguos Ludwig Lehmann Mainz, afincado en la capital argentina. Nuestras conversaciones filosóficas y bibliográficas en su biblioteca de la calle Quintana me hicieron ver que existía un amplio mapa de posibilidades en la búsqueda del conocimiento humano. Lehmann había adquirido para su biblioteca de manuscritos americanos un capítulo del *Canto general*: “Que despierte el leñador”; el mismo que, a fines de la década de 1940, había estado a punto de ser incautado al diputado César Godoy Urrutia en la aduana chilena, tras un minucioso registro policial. La colección de Lehmann contaba, entre otros tesoros, con un valioso ejemplar de la primera edición del *Quijote* (Madrid, 1605), tal vez el único que ha existido en América del Sur (y que en la primera mitad del siglo XX perteneció al bibliófilo chileno Matías Errázuriz). De todas las crónicas americanas de los siglos XVI y XVII, a Lehmann sólo le faltaba la primera edición de *La Argentina*, del arcediano Martín del Barco Centenera.

En 1980 viajé a Londres. No me asombró demasiado –gracias a su natural bonhomía– encontrarme conversando con el doctor Robert Pring-Mill, uno de los más grandes bibliófilos de Europa, sobre algún episodio relacionado con las cartas de Lord Cochrane o sobre las artes poéticas de T. S. Eliot y Pablo Neruda, autores que ambos admirábamos. Pring-Mill había sido buen amigo de Neruda y sus gestiones fueron decisivas en el otorgamiento del doctorado honoris causa en la Universidad de Oxford.

En estos diálogos los vientos soplaban a mi favor, producto del conocimiento que había adquirido del filósofo inglés Francis Herbert Bradley, decisivo en la formación epistemológica de T. S. Eliot. Resultaba que un profesor mío en Chile, el filósofo Juan Rivano, había sido el único traductor al español de la obra de Bradley *Apariencia y realidad*, publicada en Santiago por Editorial Universitaria (1961). Pring-Mill sugirió que yo tenía una gran labor por delante: buscar los manuscritos perdidos del *Canto general*. Como buen discípulo de Rivano, con quien también había discutido largamente sobre Eliot y Neruda, comencé a recopilar en un cuaderno las notas de mis conversaciones con Pring-Mill.

Así fue como, con ayuda del doctor (vendrían años de indagaciones e intercambio epistolar), nos lanzamos a determinar las fechas y los lugares en que, entre 1940 y 1950, Neruda terminó la escritura del gran canto épico americano del siglo XX. La empresa no era fácil, pues debíamos rastrear los pasos del poeta durante su clandestinidad política de 1948. Ese año y en esas circunstancias Neruda dio con la forma final del *Canto general*.

## DOS

Durante mis viajes por Europa leí, en la revista *El Repertorio Americano* (Londres, 1826), el poema “Silva a la agricultura de la zona tórrida”, fragmento de la obra “América” de Andrés Bello, antepasado y predecesor del *Canto general*, según el propio Neruda. En Madrid accedí a las primeras ediciones de Alonso de Ercilla, el poeta que inauguró la épica americana. Pude tener en mis manos una primera edición de la segunda parte de *La Araucana*, editado en Zaragoza en 1578. Es decir, mi interés no se limitaba a Neruda, sino que se expandía hasta sus antecesores.

Como miembro de la Sociedad de Libreros Anticuarios, tenía en Europa algunas misiones. Debía buscar en Londres algunas cartas perdidas de Lord Cochrane a Bernardo O’Higgins, en la colección del bibliófilo Peter Beal. También debía explorar en España la posibilidad de ver unos manuscritos de Miguel Hernández y Federico García Lorca y llegar a la Huerta de San Vicente en Granada. En París, por otra parte, quería reencontrarme con Raúl Ruiz y Waldo Rojas y visitar a César Vallejo (“Ad maiorem Dei gloriam”). También debía buscar las obras completas de Jules Laforgue (por su relación con T. S. Eliot).

En París mi viaje sufrió un giro inesperado. En el museo del Louvre conocí a la escritora portuguesa Fátima Murta y la invité al teatro a ver una obra de Jean Paul Sartre. Más tarde, al conocer mis afanes bibliográficos y mi devoción por Fernando Pessoa, ella me invitó a Lisboa.

Accedí, pues deseaba encontrarme con Alberto Caeiro, Álvaro de Campos, Ricardo Reis y Bernardo Soares en el barrio de Alfama o en cualquier esquina de la ciudad.

En Lisboa, después de rendir un homenaje en el cementerio dos Prazeres a uno de los más grandes poetas de todos los tiempos, visité las librerías anticuarias de Arturo Tavares de Carvalho y José Telles da Sylva. Allí indagué sobre las cartas geográficas de Rui Faleiro, que Fernando de Magallanes usó como guía para unir los océanos Pacífico y Atlántico. Me pregunté si pudo contemplar las galaxias que hoy llevan su nombre. Leer la edición original de la crónica de ese viaje (de Antonio Pigafetta) y visitar a Camões en el Monasterio de los Jerónimos me insuflaron una fe infinita en el futuro de mi proyecto.

Fátima Murta, Tavares de Carvalho y Telles da Sylva se mostraron entusiasmados con mi búsqueda de libros antiguos de América. De hecho, finalmente la paz y la ciencia de Fátima dieron sus frutos y un día, al volver de Estoril, después de contemplar el color del cielo en la madrugada, encontramos una colección de obras americanas antiguas. Estaban *Le Monde*, de Pierre d'Avity (París, 1643), encuadernado con el escudo de armas de Luis XIV; y los muy buscados *Histórica relación del reyno de Chile*, de Alonso de Ovalle (Roma, 1646); *Historia del Perú*, de Agustín de Zárate (Amberes, 1555); y *La Argentina*, de Barco Centenera (Lisboa, 1602). Mis recursos me permitieron adquirir sólo los tres últimos.

Al volver a Chile, llamé al bibliófilo Ludwig Lehmann y le comuniqué mis hallazgos. Le mencioné que tenía en mi poder el original de *La Argentina* editado por Pedro Crasbeeck en 1602, el único faltante en su colección americana. Inmediatamente me invitó a Buenos Aires para conocer el ejemplar. Después de arduas negociaciones, en las cuales se hizo evidente la dificultad de asignarle un precio al valor histórico del libro, Lehmann accedió a entregarme a cambio los originales de “Que despierte el leñador”. Fue el primer paso decisivo: la génesis de mi colección de manuscritos del *Canto general*.

## TRES

La escritura del *Canto general* comenzó a sellarse en septiembre de 1947, cuando Neruda (que por entonces era senador por las provincias de Antofagasta y Tarapacá), obtuvo una licencia especial del Senado chileno para dedicarse íntegramente a terminar el libro.

Esas labores se vieron momentáneamente interrumpidas el 6 de enero de 1948, cuando el senador Neruda pronunció en el Parlamento su famoso discurso contra el presidente Gabriel González Videla, “Yo acuso”. Un mes después, el 3 de febrero, el senador fue privado

de su fuero parlamentario y, al cabo de dos días, fue ordenada su detención. La policía se lanzó tras sus pasos y el poeta pasó a la clandestinidad.

Entre el 6 y el 13 de febrero de 1948, mientras los periódicos narraban paso a paso la cacería policial (“Se busca a Neruda por todo el país”), Pablo y Delia del Carril se refugiaron en casa de José Saitúa, en avenida Los Leones, cerca de la Plaza de la Alcaldesa. Después hicieron lo mismo en el departamento de Víctor Pey (uno de los refugiados españoles que llegaron a Chile en el *Winnipeg*) y su esposa, la novelista Marta Jara, donde permanecieron hasta el 28 de febrero.

A partir de entonces comenzó a encargarse de ellos el hermano de Marta, el historiador Álvaro Jara, cuyo *nom de guerre* era *Ignacio*. Primero los sacó de Santiago y los llevó a la parcela de don Julio Vega, en Santa María de Chena, donde se quedaron hasta comienzos de junio; luego los retornó a la capital, al departamento del matrimonio formado por Sergio Insunza y Aída Figueroa, frente al Parque Forestal. Desde ese lugar, Pablo y Delia visitaron con frecuencia la casa de Albertina Azócar Soto (que había firmado los bonos destinados a financiar su campaña senatorial) y su esposo, el poeta Ángel Cruchaga Santa María. En aquellos agitados meses, Neruda escribió y concluyó los borradores de “Antología Popular de la Resistencia”, “La lámpara en la tierra”, “Que despierte el leñador” y “Crónica de 1948”.

En junio y julio de 1948, Neruda y Delia se refugiaron en Valparaíso, protegidos por miembros del Partido Comunista, planificando una eventual salida de Chile a través del Pacífico. En el puerto, el poeta escribe “El fugitivo”, buena parte de “El gran océano” y el inicio de “Los conquistadores”. El 12 de julio celebra su cumpleaños. En agosto, la pareja vuelve a Santiago, a la casa de la familia Perelman, en la Avenida Antonio Varas. En este período Neruda termina la totalidad de “Los conquistadores” y “Los libertadores”. Y, antes de cambiar de refugio una vez más, comienza la primera sección de “La arena traicionada” (“Los verdugos”).

A fines de septiembre o comienzos de octubre, Pablo y Delia vuelven a la parcela de don Julio Vega, en Santa María de Chena, donde el poeta termina “Los verdugos” y la sección siguiente de “La arena traicionada” (“Las oligarquías”). Después se traslada a la casa del escritor y coautor de “Anillos” Tomás Lago, donde finiquita “La arena traicionada”.<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> La vida y la obra de Tomás Lago fueron una ayuda estelar en la tarea de trazar las huellas del Neruda fugitivo de 1948. Lago se encargó, por petición del mismo poeta, de la coordinación general de la edición clandestina del *Canto general*. No es gratuito que, en uno de los capítulos más importantes de la obra, Neruda le dedicara un poema.

En noviembre la pareja pasa al menos un mes en casa de Francisco Cuevas Mackenna, en Los Vilos, donde el poeta se dedica a terminar “El gran océano”. En cierta ocasión, *Ignacio* se ve en la necesidad de sacarlos abruptamente en medio de la noche para devolverlos a Santiago, a casa de Luis Enrique Délano y Lola Falcón, en Ñuñoa. En esos días el poeta comienza a escribir “Carta a Miguel Otero Silva” y “Coral de Año Nuevo para la patria en tinieblas”.

En diciembre de 1948 tenemos a Neruda escribiendo en San Juan de Pirque, en la casa de Julia Mackenna (hermana de Francisco, que lo protegió en Los Vilos). Allí redacta la carta “A Rafael Alberti” y se realiza la célebre edición clandestina de “Coral de Año Nuevo para la patria en tinieblas”, en forma de impresión mimeografiada y con ilustraciones del pintor venezolano Carlos Bracho. Al llegar la Navidad, *Ignacio* traslada a Delia y al poeta nuevamente a Santiago, ahora al departamento del Parque Forestal de los Insunza-Figueroa. Allí pasan las fiestas.

En enero y febrero de 1949, Neruda y Delia vuelven a la casa de don Julio Vega, donde Neruda escribe y finiquita “Yo soy”, finalizando el último poema del *Canto general*, como señala en “Termino aquí”:

Así termina este libro, aquí dejo  
mi *Canto general* escrito  
en la persecución, cantando bajo  
las alas clandestinas de mi patria.  
Hoy 5 de febrero, en este año  
de 1949, en Chile, en “Godomar  
de Chena”, algunos meses antes  
de los cuarenta y cinco años de mi edad.<sup>2</sup>

Después de este hito –la culminación del libro– Neruda y su mujer retornan a Santiago, protegiéndose en casa de Graciela Matte (en Providencia con Pedro de Valdivia). En este punto el poeta y Delia separan caminos y Neruda se traslada al sur con Manuel Solimano y Jorge Bellet.

Con la ayuda del bibliófilo José Rodríguez y en compañía de Víctor Bianchi, Jorge Bellet y tres arrieros, Neruda cruza la cordillera a caballo, a la altura de los lagos Ranco y

---

<sup>2</sup> *Canto general*, XV, XXVIII. El “Godomar de Chena” de estos versos corresponde a una versión disfrazada de Santa María de Chena, donde vivía don Julio Vega.

Maihue. A principios de marzo llega a San Martín de los Andes, Argentina. En una hoja que lleva el membrete del Hotel Los Andes le escribe a Delia: “Mi amor: Víctor le explicará todas las angustias. Todo va bien”. Neruda firma como Antonio, pues la identidad clandestina del poeta era Antonio Ruiz, supuesto ornitólogo. Así terminaba su año clandestino en Chile.

## CUATRO

Cruzar la cordillera significó para Neruda comenzar a tejer su leyenda de gran poeta épico del continente americano. Con esa odisea también empezaba a existir la obra que el lector tiene en sus manos. El itinerario histórico y bibliográfico que guio la búsqueda de los capítulos del *Canto general* también recibió aportes de los bibliófilos Juan Guillermo Levine, Exequiel Lira Ibáñez y los poetas Adán Méndez Rozas y Bernardo Reyes Herrera. En mis indagaciones, a veces encontré folios sueltos, a veces capítulos enteros y otros documentos que no estaban incluidos en la obra pero que pertenecían al período de su gestación en la clandestinidad. Así encontré la génesis de múltiples poemas, fotografías, fragmentos desconocidos y textos inéditos que no fueron incluidos en el libro, como uno escrito en el reverso del capítulo “El fugitivo” que era una conferencia dictada por Neruda en 1947 y llamada “Viaje alrededor de mi poesía”. Encontré también el manuscrito del libro inédito “Louis Aragon, patriota o poeta” y, además, una docena de cartas dirigidas a Delia del Carril. Una es la ya citada que Neruda le envía, tras cruzar la cordillera, desde San Martín de los Andes; otra, la carta donde le comunica las razones para terminar la relación, que duraba ya más de veinte años.

Completar esta colección nos llevó más de tres décadas.

Los capítulos “América, no invoco tu nombre en vano”, “Las flores de Punitaqui” y “Yo soy” formaban parte del legado familiar en la biblioteca del escritor Javier Echeverría Prieto.

En Londres fue subastada la versión definitiva de “Alturas de Macchu Picchu”, enviada a Inglaterra por un sobrino político de Laura Reyes, hermana de Neruda, a quien el poeta se la había obsequiado en uno de sus cumpleaños. En Buenos Aires, un antiguo Estudio Bibliográfico, propiedad de la familia Breitfeld, subastó “Los ríos del canto”.

“El gran océano” fue encontrado en la biblioteca de una familia cercana a Neruda que ha residido por largos años en España. En la adquisición de esos folios fue decisiva la gestión

del poeta Guillermo Escoda Sirvent. Dos viajes a Madrid en 1989 y 1990 sellaron los acuerdos, pues, se corría el riesgo de que fueran a subastarse en Londres y subieran de precio.<sup>3</sup>

Para dar con los originales de “Yo acuso” y “Los libertadores”, así como con fotografías y documentos de la década 1940-1950, fue fundamental la disposición y experiencia del dramaturgo y novelista Luis Rivano Sandoval y del historiador Victor Manuel Avilés.

Lo mismo debo expresar de la familia Perelman, a la que llegué gracias a los buenos oficios del librero Ricardo Bravo Murúa. Ellos eran los propietarios de “Los conquistadores”, la última parte que faltaba en la colección. El acuerdo final del traspaso se firmó el 12 de julio de 2005, en el aniversario 101 del nacimiento de Neruda. Así se juntaban por primera vez todos esos manuscritos. El conjunto es más que la suma de las partes.

Debido a los múltiples borradores que realizó el poeta escribiendo el *Canto general*, sabemos que hay otras versiones manuscritas de dos o tres capítulos. Es el caso de una copia de “Los libertadores” que se encuentra en la colección de la Taylor Institution Library de la Universidad de Oxford. Las versiones que aquí presentamos en facsimilar son las que se publicaron en la primera edición mexicana de 1950. Al contrastar ediciones sucesivas, hemos descubierto algunos breves fragmentos que fueron incorporados a la obra con posterioridad a las primeras ediciones.

Al finalizar, deseo dejar expresados mis agradecimientos al poeta español Santiago Vivanco Sáenz, por su colaboración en la conservación y mantención de este corpus poético, y a mi hijo César Soto Guzmán, por ayudarme en mis labores durante los años difíciles que vivió Chile en el siglo XX.

Siempre tengo el recuerdo indeleble de Pring-Mill y los últimos versos del primero de los Cuatro Cuartetos de T. S. Eliot, recitándolos a la salida de Westminster en ese otoño lejano de otro siglo: “lo que pudo haber sido/ y lo que ha sido/ van a un fin/ que siempre está presente”.

---

<sup>3</sup> En esos viajes investigué en la Biblioteca Nacional española ciertos archivos relacionados con las misiones de la Compañía de Jesús en las poblaciones guaraníes. También aproveché de conocer el único ejemplar original que se conserva íntegro de *De la diferencia entre lo temporal y eterno*, de Juan Eusebio Nieremberg. El volumen es un verdadero milagro tipográfico que revela las infinitas posibilidades que logró el desarrollo de la imprenta en América del Sur en el siglo XVIII. También pude ver un legajo manuscrito de la condena a muerte del líder de la rebelión en el Virreinato del Perú en 1780, José Gabriel Túpac Amaru.